

JUAN SANTAMARÍA

Adaptación cronológica — 11 de Abril de 1856 - 1956 por TOBIAS ZUÑIGA MONTUFAR

El libro sagrado que registra el ceremonial del culto histórico de Costa Rica, registra, en sus páginas más luminosas, la fecha que hoy respetuosamente consagramos en el centenario del 11 de abril de 1856; día de gloria para la Patria, porque hoy desfilan ante los ojos de la memoria, ejércitos de hermanos sacrificados en aras de una idea redentora, porque surge de la eternidad pretérita, el ejemplo imperecedero de héroes y de mártires rememorando extraordinarias hazañas, y porque en esta fecha se levantan, ante nuestro pensamiento, las augustas sombras de nuestros mayores, que supieron defender las ideas de libertad que, como lluvia prolífica y bienhechora, se extienden por el mundo, y que, con los reducidos elementos intelectuales y materiales de nuestro medio entonces del todo rudimentario, pero armados de energía, de valor, de abnegación, de indomable entereza y de heroico patriotismo, desafiaron a la muerte lanzándose a los fragores de la guerra, para conservar el tesoro de la independencia y defender la integridad de nuestros territorios y de nuestros derechos de hombres libres.

En esta fecha memorable, el pueblo de Costa Rica vuelve los ojos de su gratitud, de su admiración y de su cariño al noble pueblo de Alajuela, que nos dió en aquella inolvidable campaña, hijos de un arrojo espartano como el Coronel Don Juan Alfaro Ruiz y de un heroísmo digno de Leonidas, digno de Ricaurte, como el inmortal soldado Juan Santamaría que, entre las figuras de nuestra Historia, es la personificación simbólica de nuestro pueblo, sencillo, humilde, trabajador y pacífico por idiosincracia, pero resuelto y valeroso cuando llega la hora de peligro para la integridad nacional y cuando va hacia la muerte invocando el dulce nombre de la madre en el momento supremo del redentor sacrificado.

Costa Rica rinde hoy, en el centenario de la Batalla de Rivas, el homenaje de su fraternal simpatía al noble pueblo de Alajuela, en cuyo corazón se yergue, en bronce simbólico, la efigie del soldado en el acto supremo de su edificante hazaña, que en el instante de su muerte subió, de la oscuridad de una vida hasta entonces ignorada, a las cumbres de la gloria y a las lumbrosas regiones de la inmortalidad.

Cien años hace que el pueblo de Costa Rica, llevado a los campos de batalla por el espíritu bizarro del egregio Presidente don Juanito Mora, rompió las cadenas de esclavitud que para Centro América estaba forjando Walker, el aventurero.

Hoy hace cien años que las fuerzas del negrero americano, - guarecidas en Rivas, de Nicaragua, fueron vencidas y puestas en fuga por tropas costarricenses.

Hoy hace cien años que los rifles del filibusterismo, fortificados en los reducidos del Mesón de Guerra, cedieron ante el incendio producido por la tea del soldado de Alajuela.

En el inmenso panorama de la Historia, aunque la forma de los acontecimientos varíe, aunque los hombres se sustituyan en el curso de los tiempos y aunque los hechos se presenten con diversidad de matices, periódicamente se renuevan las luchas de la libertad contra la esclavitud, las batallas del Derecho contra la fuerza, y es benéfica labor de civismo enaltecer la memoria de los héroes, recordar los grandes ejemplos de la abnegación, estimular con el recuerdo de los muertos ilustres, los sentimientos altruistas que reposan en el corazón de los hombres, para que esos sentimientos no se extingan y para que las acciones libertarias no perezcan en las tinieblas y el silencio del olvido, sino que perduren con los fulgores resplandecientes de la gratitud de la posteridad.

El hecho que ese soldado simboliza en su estatua de bronce es un poema de los más bellos sentimientos que atesora la humanidad.

Los grandes hombres que han pasado a la Historia, lo han sido: unos por el resplandor de su genio en las esferas de las Artes, de la Filosofía y de las Ciencias; otros por la fuerza de una voluntad extraordinaria puesta al servicio de las causas de la libertad y del progreso; otros por el volumen de insignes capacidades y de superiores energías para el gobierno de los hombres y todos por el des-

arrollo de la inteligencia y de la voluntad con el auxilio de los grandes factores de la cultura universal.

Pero en el oscuro tambor de Alajuela que hoy glorificamos, no figuran como factores de su sacrificio sublime, las causas propulsoras de los espíritus cultivados al calor de los grandes factores del progreso. En aquel soldado prevaleció, en los momentos postreros de su vida, un sentimiento ingénito como las fuerzas infinitas de la naturaleza, como las fuerzas desatadas de los volcanes en cólera, de los elementos en tempestad, de las furias de los mares y de los vientos: el sentimiento de amor a la Patria latente en el alma de las multitudes y exaltado cuando a la Patria se amenaza en la majestad de su honor o en la integridad de su suelo.

En el instante en que el soldado Juan Santamaría, respondiendo voluntariamente a la voz de su jefe para tomar la antorcha que había de consumir por las llamas del Mesón de Guerra donde los bucaneros se guarecían, encaminó resueltamente sus pasos a realizar su proeza, dos visiones se alzaron seguramente en su pensamiento de héroe: el misterio pavoroso, el espectro cercano de la muerte y la imagen querida de la Patria. Y aunque también brilló en su frente el recuerdo de su madre, y en los instantes decisivos vibró en su corazón, con resonancias de altísima ternura, el sentimiento del amor filial, el amor de la Patria, que abarca todos los amores, prevaleció en su espíritu, y con la hirsuta cabellera desgreñada, la mirada fulgurante de satisfacción, la sonrisa del héroe en los labios, abierto su pecho a las seguras balas del avezado enemigo, con el arma al brazo y la tea en alto, va el tambor, va el soldado, va el Erizo, a entregarse a la muerte para salvar a la Patria, el fuego

responde a su heroísmo y las llamas se alzan con reverberaciones de aurora, y al caer en el polvo, herido, mutilado, agonizante, pasa los dinteles del infinito, la gloria pone un beso de luz sobre su frente y entra radiante en el cielo de la inmortalidad.

El sentimiento de amor a la Patria es el que prevalece en la hazaña de Juan Santamaría y el que, para ejemplo de las generaciones, está encarnado en el bronce. Y aunque ciertas tendencias avanzadas de la modernidad, califican el culto de los héroes como degeneración psicológica de los pueblos y como apoteosis de la barbarie que entraña la guerra y el exterminio de nuestros semejantes, es lo cierto que el culto de los héroes puede ser funesto para la humanidad cuando las proezas que se glorifican se realizaron en guerras de conquista o para avasallar pueblos, pero nunca puede serlo en las luchas por la libertad, cuando los héroes son el exponente más alto de una raza que pugna por la autonomía y de una Patria que combate por sus atributos soberanos.

Mientras la humanidad permanece organizada como hoy se encuentra, mientras los hombres viven en parcialidades autónomas independientemente constituidas y gobernadas, el amor de la Patria tiene que subsistir, abarcando, en conceptos de Lamartine, los sentimientos más profundos, más intensos, más grandes que Dios ha colado en el corazón humano: amor de sí mismo y defensa del sagrado derecho que tiene todo hombre al venir al mundo a disfrutar su parte de sol sobre la tierra; amor de la familia, que es la patria pequeña circunscrita en torno de los hijos; amor de padre, de madre, de abuelos, de aquellos de quienes se ha recibido la vida, la ternura, el idioma, los cuidados, la herencia material o

inmaterial al venir a ocupar el lugar que nos prepararon junto a ellos o después de ellos en la tierra; amor de esposa a quien nuestro brazo debe proteger en su debilidad; amor de los hijos, en quienes vivimos por la perpetuidad de la sangre y a los que debemos dejar, aún a costa de nuestra vida, el suelo, el nombre, la seguridad, la independencia, el honor nacional, que constituyen la dignidad de nuestra vida, el suelo, el nombre, la seguridad, la independencia, el honor nacional, que constituyen la dignidad de nuestra raza; amor a la propiedad, instinto conservador de la especie que da a cada hombre su pedazo de la misma tierra de que está formado; amor del cielo, del aire, del mar, de las montañas, de los horizontes, de los climas, crudos o dulces en que hemos nacido y por hábito han llegado a formar parte de nosotros mismos; necesidades encantadoras de nuestra alma, de nuestros ojos, de nuestros sentidos; cariño a las costumbres, al idioma, a las leyes que nos han sujetado desde la cuna, las cuales podemos modificar libremente con nuestras propias luces y nuestra voluntad nacional, pero de las cuales no debemos consentir que se nos despoje por la violencia de ejércitos extraños, porque la civilización misma, impuesta por la fuerza, es una esclavitud, y la primera condición requerida para que un progreso social sea aceptado por un pueblo, es que el pueblo tenga libertad de reclamarlo en el perfecto disfrute de su soberanía.

Todos esos sentimientos que enaltecen y alegran la vida, son los que prevalecen con intensidad en el alma de los héroes, y precisamente lo que mueve la gratitud de los hombres, lo que causa la admiración de los pueblos, lo que se consagra con religioso fervor, es la abnegación profunda, llevada al grado de sacrificio, de quien se lanza resueltamente a la muerte y pierde el disfrute

de los nobles sentimientos que hacen amable y querida la existencia, para que de ellos puedan seguir gozando los hermanos sobrevivientes y las generaciones sucesivas de la Patria.

La hazaña del humilde tambor de Alajuela pertenece a la categoría de esas proezas legendarias que los pueblos no pueden olvidar y que figuran como puntos culminantes en la Historia de las Naciones; y aunque la nuestra sea pequeña y la campaña contra el filibustero no revista las proporciones de las guerras que han conmovido los viejos continentes, los móviles que la inspiraron son los más dignos de recordarse y los que mayor justificación tienen ante el mundo, el valor desplegado dentro del ambiente rudimentario en que entonces nos movíamos, da a los hechos de nuestras armas las proporciones de las helénicas epopeyas y coloca a Juan Santamaría en el reducido número de los héroes que, como los cometas, pasan en interminables períodos por el cielo de la Historia.

El reflejo de esta gloria imperecedera está en las músicas marciales, en los himnos de los niños, en el donaire de las bellas mujeres de esta tierra, en el regocijo popular que hoy impera en la ciudad de Alajuela, al pie del monumento del soldado, que a nuestros ojos se agranda y que para que ostentara realmente la magnitud de su heroísmo, debiera estar sobre inmenso pedestal en la cumbre más alta de Alajuela, en el picacho del hirviente volcán Poás, que con sus sacudidas de ciclope nos revela de continuo el poder sublime de la Naturaleza, perennemente azotada por las tempestades del viento y acariciada por el plumón de las nubes que peregrinan por el cielo, iluminando desde su atalaya, con la tea libertadora y con la fuerza moral de su ejemplo resplandeciente toda la extensión de Costa Rica.